

L'OSSERVATORE ROMANO

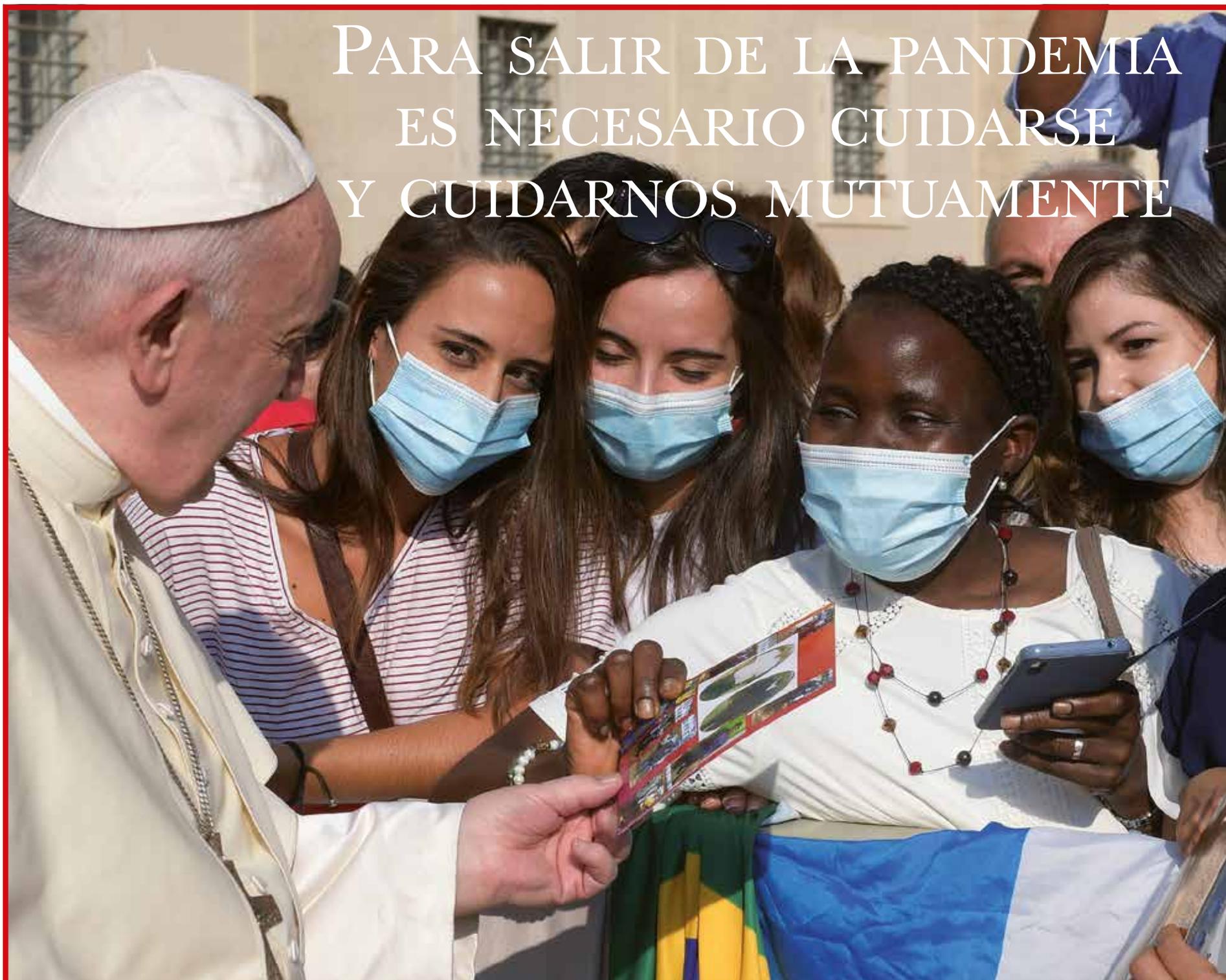
EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Edición para Panamá

Ciudad del Vaticano, 20 de septiembre de 2020

PARA SALIR DE LA PANDEMIA
ES NECESARIO CUIDARSE
Y CUIDARNOS MUTUAMENTE



En el discurso a la Comunidad Laudato si' el Papa desea que ecología y equidad vayan a la par

La salud del hombre no puede prescindir de la del ambiente

Basta con los compromisos genéricos de quien mira solo el consenso de electores o financiadores

«La salud del hombre no puede prescindir de la del entorno en el que vive». Lo reiteró Francisco durante la audiencia con los participantes del encuentro de la Comunidad Laudato si', recibidos el sábado por la mañana, 12 de septiembre. Fue Carlo Petrini —uno de los promotores de la iniciativa junto al obispo de Rieti, Domenico Pompili, presente también en el aula Pablo VI— quien saludó al Pontífice en nombre de los presentes, ilustrando las líneas guía del movimiento, que hoy está comprometido en tres frentes: el educativo, con la «difusión de la encíclica y la educación ambiental»; el de las «buenas y pequeñas prácticas cotidianas, que tienen un valor increíble»; y el de la denuncia, cuando «hay abusos perpetrados en relación con nuestra madre tierra». Petrini también subrayó el valor de la fraternidad universal, recordando que «sin afecto y sin amor» la fraternidad no se convierte en «sustancia». A continuación el discurso pronunciado por el Papa.



Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Os doy la bienvenida, y al saludaros deseo unirme a todos los miembros de las Comunidades Laudato si' de Italia y del mundo. Doy las gracias al señor Carlo Pertini, en mi lengua paterna, no en la materna; “Carlin”. Habéis puesto como centro propulsor de todas vuestras iniciativas a la ecología integral propuesta por la Encíclica Laudato si'. Integral, porque todos somos criaturas y todo en la creación está relacionado, todo está conectado. Todavía más, me atrevería a decir: todo es armonioso. Incluso la pandemia lo ha demostrado: la salud del hombre no puede prescindir de la del entorno en el que vive.

También es evidente que los cambios climáticos no sólo alteran el equilibrio de la naturaleza, sino que causan pobreza y hambre, golpean a los más vulnerables y a veces los obligan a abandonar sus tierras. El desprecio de la creación y las injusticias sociales se influyen mutuamente: se

puede decir que no hay ecología sin equidad y no hay equidad sin ecología.

Estáis motivados para ocuparos de los últimos y de la creación, juntos, y queréis hacerlo siguiendo el ejemplo de San Francisco de Asís, con mansedumbre y laboriosidad. Os doy las gracias por ello, y renuevo mi llamamiento a comprometerse para salvaguardar nuestra casa común. Es una tarea que concierne a todos, especialmente a los responsables de las naciones y de las actividades productivas.

Hace falta una voluntad real de enfrentar desde la raíz las causas de los trastornos climáticos en curso. No bastan los compromisos genéricos, palabras, palabras... y no se puede apuntar sólo al consenso inmediato de los propios votantes o financiadores.

Hay que mirar muy lejos, de lo contrario la historia no perdonará. Hay que trabajar hoy para el mañana de todos. Los jóvenes y los pobres nos

pedirán cuentas. Es nuestro reto. Tomo una frase del teólogo mártir Dietrich Bonhoeffer: nuestro reto, hoy, no es “cómo nos las arreglamos”, cómo salimos nosotros de esto; nuestro verdadero reto es “cómo podrá ser la vida de la próxima generación”: ¡es lo que tenemos que pensar!

Queridos amigos, ahora me gustaría compartir con vosotros dos palabras clave de la ecología integral: contemplación y compasión.

Contemplación. Hoy en día, la naturaleza que nos rodea ya no es admirada, contemplada, sino “devorada”. Nos hemos vuelto voraces, dependientes de los beneficios y de los resultados inmediatos y a cualquier precio. La mirada sobre la realidad es cada vez más rápida, distraída, y superficial, mientras que en poco tiempo se queman las noticias y los bosques. Enfermos de consumo: esta es nuestra enfermedad, enfermos de

ANDREA MONDA
Director

SILVINA PÉREZ
Responsable de la edición semanal

Edición para Panamá

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicuique suum Non praevalerunt

Ciudad del Vaticano

www.osservatoreromano.va

Via del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono 39 06 698 99410, ed.espanola@ossrom.va Servicio fotográfico photo@ossrom.va

Panorama Católico
Productor ejecutivo
redaccion@panoramacatolico.com

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

consumo. Nos afanamos por la última “app”, pero ya no sabemos los nombres de nuestros vecinos, y mucho menos sabemos distinguir un árbol de otro. Y lo que es más grave, con este modo de vida se pierden las raíces, se pierde la gratitud por lo que hay y por quienes nos lo han dado.

Para no olvidar hay que volver a la contemplación; para no distraerse con mil cosas inútiles hay que encontrar el silencio; para que el corazón no enferme hay que detenerse. No es fácil. Es necesario, por ejemplo, liberarse de la prisión del móvil, para mirar a los ojos a los que están a nuestro lado y a la creación que se nos ha dado.

Contemplar es regalarse tiempo para estar en silencio, para rezar, para que regresen al alma la armonía, el equilibrio sano entre la cabeza, el corazón y las manos, entre el pensamiento, el sentimiento y la acción. La contemplación es el antídoto para las decisiones precipitadas, superficiales y sin pies ni cabeza.

El que contempla aprende a sentir el terreno que lo sostiene, comprende que no está solo y sin sentido en el mundo. Descubre la ternura de la mirada de Dios y entiende que es precioso.

Cada uno es importante a los ojos de Dios, cada uno puede transformar un pedazo del mundo contaminado por la voracidad humana en la realidad buena querida por el Creador.

El que sabe contemplar, en efecto, no se queda de brazos cruzados, sino que actúa de forma concreta. La contemplación te lleva a la acción, a hacer.

He aquí la segunda palabra: compasión. Es el fruto de la contemplación. ¿Cómo se entiende si alguien es contemplativo, si ha asimilado la mirada de Dios? Si tiene compasión por los demás. Compasión no es decir: “pero, me da pena esto”; compasión es “padecer con”; se tiene compasión por los demás si se va más allá de excusas y teorías, para ver en los demás hermanos y hermanas a los que hay que custodiar: es lo que ha dicho al final Carlo Pertini sobre la fraternidad. Esta es la prueba, porque esto es lo que hace la mirada de Dios, que no obstante todo el mal que pensamos y hacemos, siempre nos ve como hijos amados. No ve individuos, sino hijos, nos ve como hermanos y hermanas de una sola familia, que vive en la misma casa. Nunca somos extraños a sus ojos. Su compasión es lo contrario de nuestra indiferencia. La indiferencia es aquel —me permito la frase algo vulgar— “pasar de”, que entra en el corazón, en la mentalidad y que termina con un “que se las arregle”. La compasión es lo opuesto a la indiferencia.

Es lo mismo para nosotros: nuestra compasión es la mejor vacuna contra la epidemia de la indiferencia. “No me concierne”, “no me corresponde”, “no tengo nada que ver”, “es asunto suyo”: he aquí los síntomas de la indiferencia. Hay una

buena foto... ya lo he dicho otras veces ¿eh? —una hermosa fotografía tomada por un fotógrafo romano, está en la Limosnería.

Una noche de invierno, se ve a una señora mayor que sale de un restaurante de lujo, con pieles, sombrero, guantes: bien tapada contra el frío; sale, después de comer bien —lo cual no es pecado, ¡comer bien! [se ríen]— y hay otra mujer en la puerta, con una muleta, mal vestida, se puede ver que siente frío... una sintecho, con la mano tendida... Y la señora que sale del restaurante mira para otro lado. La imagen se llama “Indiferencia”.

Cuando la vi, llamé al fotógrafo para decirle: “Fuiste muy bueno al sacar esta instantánea”, y le dije que la pusiera en la Limosnería: para no caer en el espíritu de la indiferencia. En cambio, el que tiene compasión, pasa del “no me importas” a “eres importante para mí”. O por lo menos “tú me has llegado al corazón”. Pero la compasión no es sólo un buen sentimiento, no es pietismo, es crear un nuevo vínculo con el otro. Es hacerse cargo, como el buen samaritano que, movido por la compasión, se ocupa del desgraciado al que ni siquiera conoce (cf. *Lc 10, 33-34*).

El mundo necesita esta caridad creativa y activa, gente que no esté comentando delante de una pantalla, sino gente que se ensucie las manos para remover la degradación y restaurar la dignidad. Tener compasión es una decisión: es elegir no tener ningún enemigo para ver en cada uno a mi prójimo. Y esta es una decisión.

Esto no significa volverse pusilánimes y dejar de luchar. Al contrario, quien tiene compasión entra en una dura lucha diaria contra el descarte y el despilfarro, el descarte de los demás y el despilfarro de las cosas. Duele pensar en cuánta

gente se descarta sin compasión: ancianos, niños, trabajadores, discapacitados... Pero también es escandaloso el despilfarro de cosas. La FAO ha documentado que en los países industrializados se tiran más de mil millones —¡más de mil millones!— de toneladas de alimentos.

Esta es la realidad. Ayudémonos mutuamente a luchar contra el descarte y el despilfarro, exijamos opciones políticas que conjuguen el progreso y la equidad, el desarrollo y la sostenibilidad para todos, de modo que nadie se vea privado de la tierra en que vive, del buen aire que respira, del agua que tiene derecho a beber y del alimento que tiene derecho a comer.

Estoy seguro de que los miembros de cada una de vuestras Comunidades no se contentarán con vivir como espectadores, sino que siempre serán protagonistas humildes y resueltos de la construcción del futuro de todos.

Y todo esto hace la fraternidad. Trabajar como hermanos. Construir la fraternidad universal. Y este es el momento, este es el reto de hoy.

Os deseo que alimentéis la contemplación y la compasión, ingredientes indispensables de la ecología integral. Gracias por vuestras oraciones y a todos los que rezan entre vosotros os pido que recéis, y a los que no rezan, por lo menos mandadme ondas buenas: ¡lo necesito! (ríen, aplausos).

Y ahora me gustaría pedirle a Dios que bendiga a cada uno de vosotros, que bendiga el corazón de cada uno de vosotros, creyentes o no, de cualquier tradición religiosa que sea: que Dios os bendiga a todos.

Amén.



Un grupo de fieles de la Comunidad Laudato si' durante el Angelus del domingo 13 de agosto



La Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos ha enviado a los presidentes de las Conferencias Episcopales una carta —difundida en la mañana del sábado 12 de septiembre— sobre la celebración de la liturgia durante y después de la pandemia del covid-19. Publicamos el texto a continuación.

La pandemia debida al virus Covid 19 ha producido alteraciones no solo en las dinámicas sociales, familiares, económicas, formativas y laborales, sino también en la vida de la comunidad cristiana, incluida la dimensión litúrgica. Para impedir el contagio del virus ha sido necesario un rígido distanciamiento social, que ha tenido repercusión sobre un aspecto fundamental de la vida cristiana: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20); «Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común» (Hch 2,42.44).

La dimensión comunitaria tiene un significado teológico: Dios es relación de Personas en la Trinidad Santísima; crea al hombre en la complementariedad

relacional entre hombre y mujer porque «no es bueno que el hombre esté solo» (Gén 2,18), se relaciona con el hombre y la mujer y los llama, a su vez, a la relación con él: como bien intuitó san Agustín, nuestro corazón está inquieto hasta que encuentra a Dios y descansa en él (cf. *Confesiones*, 1, 1). El Señor Jesús inició su ministerio público llamando a un grupo de discípulos para que compartieran con él la vida y el anuncio del Reino; de este pequeño rebaño nace la Iglesia. Para describir la vida eterna, la Escritura usa la imagen de una ciudad: la Jerusalén del cielo (cf. *Ap* 21); una ciudad es una comunidad de personas que comparten valores, realidades humanas y espirituales fundamentales, lugares, tiempos y actividades organizadas, que concurren en la construcción del bien común.

Mientras los paganos construían templos dedicados a la divinidad, a los que las personas no tenían acceso, los cristianos, apenas gozaron de la libertad de culto, rápidamente edificaron lugares que fueran *domus Dei* et *domus ecclesiae*, donde los fieles pudieran reconocerse como comunidad de Dios, pueblo convocado para el culto y constituido en asamblea santa. Por

Carta a los presidentes de las Conferencias episcopales

¡Volvemos con

eso, Dios puede proclamar: «Yo seré vuestro Dios y tú serás mi pueblo» (cf. *Éx* 6,7; *Dt* 14,2). El Señor se mantiene fiel a su Alianza (cf. *Dt* 7,9) e Israel se convierte, por tanto, en Morada de Dios, lugar santo de su presencia en el mundo (cf. *Éx* 29,45; *Lev* 26,11-12). Por eso, la casa del Señor supone la presencia de la familia de los hijos de Dios.

También hoy, en la plegaria de dedicación de una nueva iglesia, el Obispo pide que ésta sea lo que tiene que ser por su propia naturaleza:

«[...] sea siempre lugar santo [...],

Que en este lugar el torrente de tu gracia lave las manchas de los hombres,

para que tus hijos,

Padre, muertos al pecado, renazcan a la vida nueva.

Que tus fieles, reunidos junto a este altar,

celebren el memorial de la Pascua y se fortalezcan con la palabra

y el cuerpo de Cristo.

Que resuene aquí

la alabanza jubilosa

que armoniza las voces

de los ángeles y de los hombres,

y que suba hasta ti la plegaria

por la salvación del mundo.

Que los pobres encuentren

aquí misericordia,

los oprimidos alcancen

la verdadera libertad,

y todos los hombres sientan

la dignidad de ser hijos tuyos,

hasta que lleguen, gozosos,

a la Jerusalén celestial».

La comunidad cristiana no ha buscado nunca el aislamiento y nunca ha hecho de la iglesia una ciudad de puertas cerradas. Formados en el valor de la vida comunitaria y en la búsqueda del bien común, los cristianos siempre han buscado su inserción en la sociedad, incluso siendo conscientes de

una alteridad: estar en el mundo sin pertenecer a él y sin someterse a él (cf. *Carta a Diogneto*, 5-6). También, en la emergencia pandémica, ha surgido un gran sentido de responsabilidad: los Obispos y sus conferencias territoriales, en escucha y colaboración con las autoridades civiles y con los expertos, han estado dispuestos para asumir decisiones difíciles y dolorosas, hasta la suspensión prolongada de la participación de los fieles en la celebración de la Eucaristía.

Esta Congregación está profundamente agradecida a los Obispos por el compromiso y el esfuerzo realizados por intentar dar una respuesta, del mejor modo posible, a una situación imprevista y compleja.

Sin embargo, tan pronto como las circunstancias lo permitan, es necesario y urgente volver a la normalidad de la vida cristiana, que tiene como casa el edificio de la iglesia, y la celebración de la liturgia, particularmente de la Eucaristía, como «la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza...» (*Sacrosanctum Concilium*, 10).

Conscientes del hecho de que Dios no abandona jamás a la humanidad que ha creado, y que incluso las pruebas más duras pueden dar frutos de gracia, hemos aceptado la lejanía del altar del Señor como un tiempo de ayuno eucarístico, útil para redescubrir la importancia vital, la belleza y la preciosidad inconmensurable. Tan pronto como sea posible, es necesario volver a la Eucaristía con el corazón purificado, con un asombro renovado, con un crecido deseo de encontrar al Señor, de estar con él, de recibirlo para llevarlo a los hermanos con el testimonio de una vida plena de fe, de amor y de esperanza.

Este tiempo de privación nos puede dar la gracia de comprender el corazón de nuestros hermanos mártires de Abitinia (inicios del siglo IV), los cuales respondieron a sus jueces con serena determinación, incluso de frente a

tales sobre la celebración de la liturgia durante y después de la pandemia del Covid-19

alegría a la Eucaristía!

una segura condena a muerte: «Sine Dominico non possumus». El absoluto *non possumus* (no podemos) y la riqueza de significado del sustantivo neutro *Dominicum* (lo que es del Señor) no se pueden traducir con una sola palabra.

Una brevísima expresión compendia una gran riqueza de matices y significados que se ofrecen hoy a nuestra meditación:

No podemos vivir, ser cristianos, realizar plenamente nuestra humanidad y sus deseos de bien y de felicidad que habitan en el corazón sin la Palabra del Señor, que en la celebración toma cuerpo y se convierte en palabra viva, pronunciada por Dios para quien hoy abre su corazón a la escucha;

No podemos vivir como cristianos sin participar en el Sacrificio de la Cruz en el que el Señor Jesús se da sin reservas para salvar, con su muerte, al hombre que estaba muerto por el pecado; el Redentor asocia a sí a la humanidad y la reconduce al Padre; en el abrazo del Crucificado encuentra luz y consuelo todo sufrimiento humano;

No podemos sin el banquete de la Eucaristía, mesa del Señor a la que somos invitados como hijos y hermanos para recibir al mismo Cristo Resucitado, presente en cuerpo, sangre, alma y divinidad en aquel Pan del cielo que nos sostiene en los gozos y en las fatigas de la peregrinación terrena.

No podemos sin la comunidad cristiana, la familia del Señor: tenemos necesidad de encontrar a los hermanos que comparten la filiación divina, la fraternidad de Cristo, la vocación y la búsqueda de la santidad y de la salvación de sus almas en la rica diversidad de edad, historias personales, carismas y vocaciones.

No podemos sin la casa del Señor, que es nuestra casa, sin los lugares santos en los que hemos nacido a la fe, donde hemos descubierto la presencia providente del Señor y hemos descubierto el abrazo misericordioso

que levanta al que ha caído, donde hemos consagrado nuestra vocación a la vida religiosa o al matrimonio, donde hemos suplicado y dado gracias, hemos reído y llorado, donde hemos confiado al Padre nuestros seres queridos que han finalizado ya su peregrinación terrena;

No podemos sin el día del Señor, sin el Domingo que da luz y sentido a la sucesión de los días de trabajo y de las responsabilidades familiares y sociales.

Aun cuando los medios de comunicación desarrollen un apreciado servicio a los enfermos y aquellos que están imposibilitados para ir a la iglesia, y han prestado un gran servicio en la transmisión de la Santa Misa en el tiempo en el que no había posibilidad de celebrarla comunitariamente, ninguna transmisión es equiparable a la participación personal o puede sustituirla. Más aun, estas transmisiones, por sí solas, corren el riesgo de alejar de un encuentro personal e íntimo con el Dios encarnado que se ha entregado a nosotros no de modo virtual, sino realmente, diciendo: «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él» (*Jn* 6,56). Este contacto físico con el Señor es vital, indispensable, insustituible. Una vez que se hayan identificado y adoptado las medidas concretas para reducir al mínimo el contagio del virus, es necesario que todos retomen su lugar en la asamblea de los hermanos, redescubran la insustituible preciosa y belleza de la celebración, requieran y atraigan, con el contagio del entusiasmo, a los hermanos y hermanas desanimados, asustados, ausentes y distraídos durante mucho tiempo.

Este Dicasterio tiene la intención de reiterar algunos principios y sugerir algunas líneas de acción para promover un rápido y seguro retorno a la celebración de la Eucaristía.

La debida atención a las normas higiénicas y de seguridad no puede llevar a la esterilización de los gestos y de los ritos, a la incitación, incluso in-

conscientemente, de miedo e inseguridad en los fieles.

Se confía en la acción prudente pero firme de los Obispos para que la participación de los fieles en la celebración de la Eucaristía no sea reducida por parte de las autoridades públicas a una “reunión”, y no sea considerada como equiparable o, incluso, subordinada a formas de agregación recreativas.

Las normas litúrgicas no son materia sobre la cual puedan legislar las autoridades civiles, sino solo las competentes autoridades eclesíásticas (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 22).

Se facilite la participación de los fieles en las celebraciones, pero sin improvisados experimentos rituales y con total respeto de las normas, contenidas en los libros litúrgicos, que regulan su desarrollo.

En la liturgia, experiencia de sacralidad, de santidad y de belleza que transfigura, se pregusta la armonía de la bienaventuranza eterna: se tenga cuidado, pues, de la dignidad de los lugares, de los objetos sagrados, de las modalidades celebrativas, según la autorizada indicación del Concilio Vaticano II: «Los ritos deben resplandecer con noble sencillez» (*Sacrosanctum Concilium*, 34).

Se reconozca a los fieles el derecho a recibir el Cuerpo de Cristo y de adorar al Señor presente en la Eucaristía en los modos previstos, sin limitaciones que vayan más allá de lo previsto por las normas higiénicas emanadas por parte de las autoridades públicas o de los Obispos.

En la celebración eucarística, los fieles adoran a Jesús Resucitado presente; y vemos que fácilmente se pierde el sentido de la adoración, la oración de adoración. Pedimos a los Pastores que, en sus catequesis, insistan sobre la necesidad de la adoración.

Un principio seguro para no equipararse es la obediencia. Obediencia a las normas de la Iglesia, obediencia a los Obispos. En tiempos de dificultad (pensamos, por ejemplo, en las gue-

rras, las pandemias) los Obispos y las Conferencias Episcopales pueden dar normativas provisorias a las que se debe obedecer.

La obediencia custodia el tesoro confiado a la Iglesia. Estas medidas dictadas por los Obispos y por las Conferencias Episcopales finalizan cuando la situación vuelve a la normalidad.

La Iglesia continuará protegiendo la persona humana en su totalidad. Ésta testimonia la esperanza, invita a confiar en Dios, recuerda que la existencia terrena es importante, pero mucho más importante es la vida eterna: nuestra meta es compartir la misma vida con Dios para la eternidad. Ésta es la fe de la Iglesia, testimoniada a lo largo de los siglos por legiones de mártires y de santos, un anuncio positivo que libera de reduccionismos unidimensionales, de ideologías: a la preocupación debida por la salud pública, la Iglesia une el anuncio y el acompañamiento por la salvación eterna de las almas. Continuamos, pues, confiándonos a la misericordia de Dios, invocando la intercesión de la bienaventurada Virgen María, *salus infirmorum et auxilium christianorum*, por todos aquellos que son probados duramente por la pandemia y por cualquier otra aflicción, perseveremos en la oración por aquellos que han dejado esta vida y, al mismo tiempo, renovemos el propósito de ser testigos del Resucitado y anunciadores de una esperanza cierta, que trasciende los límites de este mundo.

En la Ciudad del Vaticano, a 15 de agosto de 2020

Solemnidad de la Asunción de la bienaventurada Virgen María

El Sumo Pontífice Francisco, en la Audiencia concedida el 3 de septiembre de 2020 al infrascrito Cardenal Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los sacramentos, ha aprobado la presente Carta y ha ordenado su publicación.

Robert Card. Sarah
Prefecto



En preparación para la Jornada mundial del migrante y del refugiado

Compartir para promover

«**I**nvolucrar para promover». Es el tema del vídeo –el quinto de la serie en preparación a la 106ª Jornada mundial del migrante y del refugiado, que se celebrará el 27 de septiembre– propuesto por el Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral, en particular por su Sección que se ocupa directamente del fenómeno de la movilidad humana. Es el mismo Papa Francisco quien explica en el vídeo la elección del tema de la cita de este año: «He querido dedicar la Jornada mundial del migrante y del refugiado –afirma– al cuidado pastoral de los desplazados internos. He elegido como lema de mi Mensaje “Como Jesucristo, obligados a huir”, centrando mi reflexión en la experiencia de Jesús niño, desplazado y refugiado, junto con sus padres». A la imagen del Pontífice le sigue la de un sacerdote de origen asiático que testimonia su experiencia personal de migrante interno. «Todas las dificultades encontradas, el viaje de los desplazados internos, –cuenta– es un camino de vocación para mí... Cuando me ordené sacerdote pude comprender mucho mejor que otras personas, a los desplazados». El Papa, por su parte, subraya cómo «a veces, el entusiasmo del servicio no nos permite ver la riqueza de los demás. Si queremos realmente promover a las personas a quienes ofrecemos asistencia, tenemos que involucrarlas y hacerlas protagonistas de su propio rescate». Personas, por tanto, artífices de la propia emancipación e integración social en el nuevo ambiente al que los desplazados llegan. No por casualidad, mientras retoma la palabra el sacerdote, pasan imágenes de cómics - técnica visual eficaz elegida también para los precedentes vídeos - de personas que tristemente empujan una barca con sus maletas, obligadas a dejar sus casas y su ambiente para encontrar fortuna en otro lugar.

«Ser un desplazado interno –indica el sacerdote– significa perder todo y empezar desde cero. Y cuando digo “todo”, me refiero a nue-

stras relaciones, nuestros medios de subsistencia, la escuela, nuestras amistades, todo lo que teníamos lo perdimos, así que tuvimos que empezar desde cero». Las viñetas esta vez representan niños obligados a trabajar, rostros tristes y emancipados de personas que caminan casi por inercia hacia un hipotético futuro, grupos de gente que vive en condiciones dramática tanto desde el punto de vista higiénico, como habitacional. «Ser un desplazado interno –retoma el sacerdote– significa que de niño no tenía los mismos derechos o las mismas oportunidades que los niños normales. Por ejemplo, cuando era pequeño, mientras los otros niños jugaban, yo tenía que trabajar para ganarme la vida. Así que trabajaba en el club de golf cargando con las bolsas de los jugadores». Las imágenes ilustran las palabras del joven sacerdote, que se hace “portavoz” de una masa anónima de hombres y mujeres obligados a una precariedad cotidiana: «Todas las dificultades encontradas, el viaje de los desplazados internos, es un camino de vocación para mí. Al ser muy pobres, mi madre no tenía los medios para pagarme una educación, por lo que me envió a vivir a una pensión cerca de una Iglesia católica. Esto fue una buena señal para mí, fue un camino de vocación al sacerdocio. Cuando me ordené sacerdote pude comprender, mucho mejor que otras personas, a los desplazados».

Al margen de estas palabras, se presenta un boceto pintado con la escena de un bautismo de un niño. «Por eso, sé –continúa la voz del narrador– que necesitan recibir una buena palabra, necesitan comprensión, especialmente por parte de los líderes de la Iglesia. Cuando les visitaban, cuando estaban con ellos, se sentían muy felices, se sentían protegidos». El vídeo se concluye con las imágenes de la fuga en Egipto de la Sagrada Familia: una invitación a la esperanza y a la consolación.

El Pontífice recibe a los familiares de las víctimas de la tragedia de hace un año y medio en Corinaldo

No hay adjetivos para la muerte de un hijo

Un Ave María por Asia, Benedetta, Daniele, Emma, Mattia ed Eleonora

«Cuando se pierde un hijo, no existe un adjetivo. La pérdida de un hijo es imposible de “adjetivar”. He perdido a un hijo: pero ¿qué soy? No, no soy ni huérfano, ni viudo. He perdido a un hijo. Sin adjetivo. No existe. Y este es también vuestro gran dolor.». Lo subrayó el Papa —con un añadido improvisado al discurso preparado— recibiendo en audiencia a los familiares de las seis víctimas de la tragedia sucedida en la discoteca de Corinaldo, en provincia de Ancona, la noche del 8 de diciembre de 2018. Al finalizar el encuentro —que tuvo lugar el sábado 12 de septiembre, en la Sala del Consistorio— el Pontífice pidió a los presentes recitar juntos un «Ave María» por Asia, Benedetta, Daniele, Emma, Mattia ed Eleonora.



Quando perdemos al padre o a la madre, somos huérfanos: existe un adjetivo. Huérfano, huérfana. Cuando en el matrimonio se pierde al cónyuge, el que se queda es viudo o viuda: existe también un adjetivo para ello. Pero cuando se pierde un hijo, no existe un adjetivo. La pérdida de un hijo es imposible de “adjetivar”. He perdido a un hijo: pero ¿qué soy? No, no soy ni huérfano, ni viudo. He perdido a un hijo. Sin adjetivo. No existe. Y este es también vuestro gran dolor.

Ahora me gustaría rezar junto con vosotros el Ave María por Asia, Benedetta, Daniele, Emma, Mattia y Eleonora.

(Ave María)

(Bendición)

Queridos hermanos y hermanas:

Gracias por haber venido a compartir también conmigo vuestro dolor y vuestra oración. Recuerdo que entonces, cuando ocurrió la tragedia, me sobrecogió. Pero con el paso del tiempo, y desafortunadamente con la sucesión de tantas, demasiadas tragedias humanas, se corre el riesgo de olvidar. Este encuentro me ayuda a mí y a la Iglesia a no olvidar, a guardar en sus corazones, y sobre todo a confiar a vuestros seres queridos al corazón de Dios Padre. Cada muerte trágica trae consigo un gran dolor. Pero cuando se lleva a cinco adolescentes y a una joven madre, es inmenso, inso-

portable sin la ayuda de Dios aguantarlo. No voy a entrar en las causas de los accidentes en esa discoteca donde murieron vuestros familiares. Pero me uno con todo mi corazón a vuestro sufrimiento y a vuestro legítimo deseo de justicia. Deseo también ofrecer una palabra de fe, de consuelo y de esperanza.

Corinaldo, el lugar de la tragedia, se encuentra en una zona sobre la cual vela Nuestra Señora de Loreto: su Santuario no está lejos. Y por eso quiero —queremos— pensar que ella, como Madre, nunca apartó de ellos su mirada, sobre todo en aquel momento de dramática confusión; que los acompañó con su ternura. ¡Cuántas veces la invocaron en el Ave

María: “Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte”! Y aunque en esos momentos caóticos no pudieron hacerlo, Nuestra Señora no olvida, no olvida, nuestras súplicas: es Madre. Ciertamente los acompañó al abrazo misericordioso de su Hijo Jesús.

Esta tragedia tuvo lugar durante la noche, en la madrugada del 8 de diciembre de 2018, la fiesta de la Inma-

culada Concepción. Ese mismo día, al final del rezo del Ángelus, recé con la gente por las jóvenes víctimas, por los heridos y por sus familias. Sé que muchos, empezando por vuestros obispos, aquí presentes, vuestros sacerdotes y vuestras comunidades, os han apoyado con la oración y el afecto. También continúa mi oración por vosotros, y la acompaño con mi bendición.

Mensaje del cardenal Parolin a un peregrinaje de familias

Por un renovado pacto educativo

El Papa Francisco «espera que la reanudación del año escolar se viva por todos con gran sentido de responsabilidad, en la perspectiva de un renovado pacto educativo, que vea a las familias como protagonistas y ponga en el centro a la personas de los niños y las niñas: su crecimiento sano, bien formado y sociable es una condición para un futuro pacífico y próspero para toda la sociedad». Lo escribe el cardenal secretario de Estado, Pietro Parolin, en el mensaje enviado en nombre del Papa Francisco al obispo Stefano Russo, secretario general de la Conferencia Episcopal Italiana, con ocasión del 13º peregrinaje nacional de las familias por las familias.

El sábado, 12 de septiembre, la Renovación en el Espíritu Santo, en colaboración con las prelaturas pontificias de Pompeya y Loreto, la Oficina para la pastoral de la familia de la Conferencia Episcopal italiana y el Foro nacional de las asociaciones familiares y con el patrocinio del Pontificio Consejo para la promoción de la nueva evangelización, convocó «espiritualmente a los participantes» precisamente a Pompeya y a Loreto, sugiriendo como tema una expresión de san Pablo: «Hermanos, alegraos; sed perfectos; animaos; tened un mismo sentir» (2 Corintios 13, 11). El Papa «se congratula con los promotores y los colaboradores de la iniciativa -señala el cardenal Parolin- porque, en este tiempo en que las familias sufren particularmente las dificultades debidas a la pandemia, han querido brindar este testimonio de fe y solidaridad, para que cada uno pueda encontrar en la oración y en la comunión fraterna la esperanza y la fuerza para seguir adelante».

Para manifestar la cercanía del Papa

El arzobispo Gallagher en Bielorrusia

El viernes 11 de septiembre el secretario para las Relaciones con los Estados, el arzobispo Paul Richard Gallagher, viajó a la República de Bielorrusia para manifestar la atención y la cercanía del Santo Padre a la Iglesia católica y a todo el país. El programa prevé encuentros con las autoridades civiles y los responsables de la Iglesia católica.